

**ESCRITO CON SANGRE**  
**(UNA AVENTURA BILBAÍNA DE SHERLOCK**  
**HOLMES)**

*José Javier Abasolo*



Mi nombre es Francisco de Arrese y durante más de cuarenta años, desde que acabé mis estudios hasta que hace aún muy poco tiempo me jubilé, he ejercido la medicina en Bilbao, ciudad en la que nací y me crié. Puedo afirmar, por lo tanto, que en todo ese tiempo he atendido a un buen número de hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, siempre intentando curarles o, al menos, aliviarlos en sus enfermedades aunque, como por otra parte es lógico, no siempre lo conseguí. Y a lo largo de todas esas décadas he llegado a ser testigo, en primera persona, del progreso de mi pequeña ciudad en un periodo que va prácticamente desde finales del siglo pasado hasta estos tiempos turbulentos en los que una nueva y desgraciada guerra asola nuestras tierras. Son tiempos difíciles, pero no es mi voluntad hablar de ellos. La Historia, esa diosa fría e inexorable, pondrá algún día las cosas en su sitio. He asistido a tantos convecinos a la hora de su muerte que ya nada me espanta, pese a lo absurdo y cruel de la situación en la que vivimos actualmente. Por eso en estos momentos en los que me encuentro huérfano de familia y amigos la serenidad se ha apoderado de mí, limitándome a esperar tranquilamente, mientras releo a Balzac y a don Benito Pérez Galdós, al calor de la lumbre, que el buen Dios decida llamarme junto a él. Y es que en la actualidad no me quedan ya, por desgracia, inquietudes ni esperanzas sino tan sólo un puñado de recuerdos y ayer, de un modo inesperado, uno de ellos, que yacía olvidado en el fondo de mi ser, resurgió con gran fuerza para volver a instalarse en mi mente consciente. Sí, ayer a la noche recibí un telegrama procedente de Londres. Era una corta misiva que decía escuetamente: "Doctor Watson fallecido esta mañana. 09:30. Pulmonía".

Es posible que los jóvenes que hoy combaten cruentamente en los campos de batalla y los de futuras generaciones si algún día llega a sus manos este humilde relato, no sepan quién era el doctor Watson. Sin

embargo, en mi tiempo fue muy famoso aunque, paradojas de la vida, no tanto por su abnegada y brillante dedicación al ejercicio de la medicina, como por ser amigo y compañero de correrías de quien fue considerado el más grande detective no ya de las Islas Británicas sino de todo el mundo civilizado, el señor Sherlock Holmes. Ya en el primero de sus escritos —puesto que con el devenir del tiempo se convirtió en cronista y amanuense de su excepcional amigo— narró cómo debido a la casualidad y a la necesidad contactó con el señor Holmes y decidieron compartir un apartamento en el número 221B de la calle Baker, de Londres. De lo que nunca habló fue de sí mismo y por eso, de un modo injusto a mi modo de ver, ha aparecido siempre en segundo plano, como un mero apéndice del famoso personaje.

Debido a que nunca fui muy aficionado a los folletines, y eso era lo que me parecían los escritos de mi viejo amigo, cuando trabé amistad con él desconocía la que era su afición más importante detrás de su vocación médica, por eso no me encontraba influenciado por su fama literaria y mi relación con él fue más natural que la que se establece entre un lector ansioso y su escritor más admirado. Tengo que añadir, además, que no nos conocimos gracias a sus relatos, sino a sus asiduas colaboraciones en una prestigiosa revista médica que se publicaba en la capital británica.

Por aquella época yo era un médico inquieto al que le gustaba estar al tanto de las últimas novedades, tanto por satisfacción personal como porque me sentía obligado hacia mis pacientes, y como hablaba algo de inglés ya que mi padre, que era naviero, me había enviado, junto a mis tres hermanos, a aprender el idioma —luego no seguí sus pasos profesionales y pienso que hice bien, pero eso es otra historia— a Londres, estaba suscrito a varias revistas científicas editadas en Londres, en una de las cuales escribía habitualmente el doctor Watson. Como en

aquella época yo era joven y, consecuencia de esa juventud, de natural polémico, en alguna ocasión le escribí para rebatir o puntualizar alguna de sus teorías y, poco a poco, fuimos intimando hasta llegar a consolidar una recia amistad. Fue por ello que no me extrañó cuando a principios del año 1.899 (me acuerdo perfectamente de la fecha por la polémica que se desató sobre si ese año o el siguiente finalizaba el siglo) me escribió rogándome que le buscara una casa tranquila en Bilbao o sus alrededores, ya que tenía pensado venir con su amigo Sherlock Holmes para pasar unos cuantos meses de reposo.

Fue precisamente a través de la carta que me envió con esa solicitud como me enteré de la existencia y hazañas de quien ya era, para mucha gente, un detective famoso y genial. En su misiva me explicaba mi amigo que el señor Holmes, que de natural tendía a la melancolía, después de haber efectuado un arriesgado trabajo para la Casa Real Británica se encontraba sumamente fatigado, tanto física como mentalmente, y necesitaba alejarse de las islas para poder descansar y recuperarse. El motivo de elegir Bilbao, que a primera vista pudiera parecer un destino algo extraño, era doble. Por un lado la amistad que nos teníamos, lo que le hizo pensar en visitarme aprovechando la ocasión, y por otra parte ciertas similitudes, salvando las distancias, que había oído comentar entre los caracteres tanto de los habitantes de Bilbao y Londres como de las ciudades entre sí. El señor Holmes necesitaba liberarse de los agobios diarios, pero introducirle en un ambiente y ritmo de vida totalmente ajeno al que estaba acostumbrado podría llegar a ser un remedio peor que la enfermedad, en opinión de su colaborador, amigo y médico.

No permití que alquilaran una habitación sino que casi se puede decir que les obligué a compartir mi morada y debo añadir que ni ellos ni yo nos arrepentimos nunca de tal hecho. Los meses que pasamos

juntos fueron de los más felices y enriquecedores de mi existencia y el mismo cariño y afecto que sentía por el doctor Watson lo trasladé al señor Holmes. Por eso ayer, cuando leí la noticia de la muerte de mi viejo colega y amigo, unos gruesos lagrimones empañaron mis gafas y un montón de recuerdos se agolparon en mi mente. Precisamente uno de ellos, quizás el más nítido, se refiere a un asesinato en el que, de un modo casual e inesperado, intervino el detective londinense.

Durante mucho tiempo he leído con interés, y un punto de inquietud, lo reconozco, los relatos que mi amigo escribía acerca de las aventuras de su compañero, esperando que algún día narrara los hechos sucedidos durante su estancia en Bilbao, pero por alguna razón que desconozco nunca los escribió o, si lo hizo, nunca fueron publicados. Por ello, una vez sabedor de su muerte, he decidido ser yo quien cogiera la pluma y redactarlos con torpe mano, movido por la pretensión, tal vez vanidosa, y sabiendo que no estoy a la altura de mi eminente colega británico, de sacar a la luz la investigación y resolución efectuada por Sherlock Holmes del asesinato de uno de los hombres más prominentes de la villa.

Quiero indicar, antes de entrar en materia, que aunque el señor Holmes había venido a Bilbao a reposar, su idea del descanso no era estar tumbado en la cama mirando las musarañas sin hacer nada, y aunque en ocasiones parecía sumirse en un estado letárgico, casi catatónico, en el que lo único que hacía era tocar su violín de una manera deplorable, lamento tener que confesarlo, en la mayoría de las ocasiones salía a la luz su carácter hiperactivo, lo que le hacía estar en constante movimiento, tanto físicamente, recorriendo el país de punta a punta, como espiritualmente, dedicándose al estudio de las costumbres y cultura propias de la zona, volcándose sobre todo en el vascuence, lengua en la que conversábamos a veces y que lógicamente no llegó a

dominar en el tiempo que estuvo entre nosotros, pero de la que sí obtuvo conocimientos notables, e interesándose mucho por las tesis de los diversos lingüistas sobre sus orígenes. Por otra parte incluso su aspecto fue cambiando. Como le había descrito en múltiples ocasiones mi amigo Watson en sus relatos, era un hombre alto y delgado, sin un gramo de grasa sobre su cuerpo, lo que no le impedía lucir una buena musculatura. Pero desde su llegada a Bilbao la degustación de nuestra cocina, pese a que de natural no era muy proclive a la buena mesa, había generado que sus carnes fueran cogiendo consistencia.

Externamente era fácil constatar su condición de fumador incorregible, siempre con alguna de sus pipas en la mano, llenando toda la casa de un maloliente humo, aunque debo añadir que como yo también era fumador —hoy en día lo sigo siendo, desobedeciendo a mi médico del mismo modo que a mí me desobedecían habitualmente mis pacientes— no me desagradaba para nada esa situación. En cambio, por respeto a mi persona según me comentó el doctor Watson, mientras vivió en mi casa renunció a una de sus costumbres más censurables como era la de introducir en su cuerpo una solución de cocaína, detalle que agradecí tanto para no tener conflictos con las bienpensantes autoridades de mi ciudad como porque desde el punto de vista sanitario pensaba que ese hábito era fatal para el señor Holmes. Por último me es grato añadir que si bien siempre mantuvo un inequívoco porte y aspecto británico, no era nada raro verle llevar sobre su cabeza en vez de la típica gorra inglesa una boina vasca, del tipo de las que en nuestro idioma denominamos *txapela*, lo que le hizo aún más popular en ciertos ambientes.

Una tarde en la que estábamos los tres reunidos en el salón de mi casa, obligados a recluirnos frente a un buen fuego, por culpa de un persistente *shirimiri*, como aquí llamamos a lo que en otras zonas

denominan, con una expresión que siempre me ha parecido muy curiosa, calabobos, una de las criadas introdujo en la estancia a un buen amigo, de éstos que podían entrar cuando quisieran sin avisar. Nada más verle le obligué a sentarse en una butaca para que compartiera con nosotros la plácida velada de la que estábamos disfrutando, momento que aproveché para efectuar las correspondientes presentaciones.

—Me siento muy halagado de conocer al Sr. Jefe de Policía de Bilbao.

Según oímos esto los otros tres ocupantes del salón nos miramos extrañados. Al presentar al señor Holmes a mi amigo no había citado para nada su profesión ni su rango, de ahí que la estupefacción se dibujara nítidamente en nuestros rostros.

—Veo que les ha extrañado mucho esta pequeña deducción que acabo de realizar. ¿Debo presumir que estoy equivocado, señor Busturia? —dijo Holmes dirigiéndose al recién llegado.

—No, para nada —replicó mi amigo—. Hace ya más de diez años que desempeño el puesto de Jefe de Policía de Bilbao, pero si no es indiscreción, me gustaría saber cómo lo ha adivinado. ¿Nos hemos conocido por casualidad con anterioridad? Soy buen fisonomista y afortunadamente la memoria no acostumbra a jugarme malas pasadas, pero no recuerdo el haber coincidido con usted en ningún sitio. E incluso aunque mi memoria fuera mala la fama que le precede, señor Holmes, hubiera hecho imposible el olvido.

—No hay nada mágico ni extraño en mis métodos —contestó el aludido removiendo el contenido de su pipa— y usted, querido doctor Watson, debiera ser el menos sorprendido —le reprendió cariñosamente—. En realidad me he limitado a observar el bulto que hace su arma entre las ropas y como supongo que mi honorable anfitrión no tiene amistad con delincuentes y que los industriales y comerciantes

de esta villa no transitan armados, he imaginado que sería usted policía o militar. Teniendo en cuenta que el señor Busturia, y ruego que no considere ofensivas estas palabras, no tiene un porte muy militar, así como su edad, la calidad de sus ropas y el hecho de tener entrada libre en esta casa, he deducido que es policía. Y a tenor de cómo le trata el dueño de la casa he inferido así mismo que no es usted un agente de los de a pie, que por otra parte cuentan con todo mi respeto, sino de los que disfrutan de un elevado rango. Como ven, señores, no soy un brujo ni un profeta, sólo una persona que se fija en los indicadores que todos llevamos sobre nuestra persona.

—Aun así es asombroso, señor Holmes —contestó el Jefe de Policía—. Yo me considero un buen policía y sin embargo aunque viviera cien años más nunca sería capaz de hacer lo mismo que usted, pero me alegra haber comprobado sus cualidades en persona, ya que precisamente venía a verle y a pedirle un favor.

—¿Tiene algo que ver, quizás, con la muerte del ingeniero Ansoleaga?

—Ha vuelto usted a acertar —contestó el señor Busturia, que seguía sin salir de su asombro.

—Bueno, eso era más fácil de saber que lo anterior. Ha sido suficiente con observar el periódico que aún conserva en la mano y ver que es de hace quince días. Como no considero que sea usted un despistado de tal calibre y teniendo en cuenta que la noticia del asesinato que he mencionado se publicó en esa fecha, he imaginado, al decir que deseaba consultarme acerca de un asunto, que ese asesinato era el motivo de su visita.

—Tal y como usted lo explica parece lo más sencillo del mundo, pero no puedo dejar de pensar que es algo admirable. Pues sí, ése es el objeto de mi visita, consultarle sobre el execrable crimen perpetrado

hace poco más de dos semanas que tuvo como víctima a uno de los personajes más ilustres de nuestra ciudad, pero aún rindiéndome a su perspicacia dudo mucho que haya adivinado los términos exactos de la consulta.

—¿No desea que le ayude a descubrir al criminal?

—No exactamente. Sabemos quién lo hizo y aunque todavía no le hemos detenido lo tenemos completamente localizado, pero ha surgido un contratiempo. Lamento decirle que el asesino es un compatriota suyo, Mister Kenneth Wilcox.

—Para mí eso no constituye ningún problema —replicó Holmes—. Los asesinos, por mucho que compartan conmigo la nacionalidad, nunca serán merecedores de mi indulgencia.

—Comparto su loable actitud —dijo el policía—, pero desgraciadamente hay aspectos que debemos considerar y uno de ellos, el más importante, es que el señor Wilcox es pariente cercano de un miembro del Gabinete de Su Graciosa Majestad. Como usted comprenderá, si le detenemos se puede plantear un desagradable incidente diplomático que sobrepasa mis humildes capacidades de policía de provincias. Por eso he pensado que si usted, del que me consta que ha prestado eminentes servicios a la Corona Británica, avala mi informe, desaparecerían las posibles reticencias del Gobierno de su país.

—Sí, me hago cargo de la situación y le ayudaré, pero con una condición. Iniciaré desde el principio la investigación y si el señor Wilcox es culpable así se lo indicaré y lo manifestaré donde haga falta, pero si no lo es o si no tengo la absoluta seguridad de que lo sea, como usted comprenderá también lo haré saber en los lugares adecuados.

—Me parece absolutamente razonable y justo, nada más lejos de nuestra intención, señor Holmes, que encarcelar a un inocente, pero me temo que no le va a quedar más remedio que darme la razón.

Sin perder apenas un minuto el señor Holmes se puso en acción. En primer lugar estudió los informes policiales proporcionados por el Jefe de Policía y redactó un pequeño resumen para fijar mejor los hechos. El 24 de Mayo de 1.899 a las ocho y media de la mañana Ceferina Arrúe, criada de D. Ignacio Ansoleaga, encontró tendido en el salón, en lo que los médicos denominamos posición decúbito supino, es decir, boca abajo, el cadáver de su patrón. Cuando se recuperó del susto y presa de gran agitación fue a denunciar el hecho a la comisaría. Según sus propias declaraciones, confirmadas en lo que fue posible por la investigación preliminar de los agentes que acudieron al lugar, no tocó ni arregló nada en el interior de la estancia, impedida tanto por el propio terror que le causó la visión del cadáver como por un sexto sentido que le indicaba que había algo anormal en el mismo.

D. Ignacio Ansoleaga vivía en un caserío de Begoña, alejado de lo que podía considerarse el núcleo urbano más próximo. Aunque de fácil acceso su situación le proporcionaba un aislamiento que él mismo consideraba imprescindible para sus investigaciones como ingeniero especializado en la producción de hierro y acero, sectores cada vez más pujantes en nuestra pequeña comunidad. Parece ser, según noticias obtenidas por las fuerzas policiales, que en los últimos tiempos estaba trabajando en un nuevo procedimiento que abarataría los costes industriales de la citada producción. De hecho la noche de su muerte

estuvo cenando con cuatro personas que estarían interesadas en la patente de dicho procedimiento.

Por lo que explicó la criada en sus declaraciones la cena empezó a las siete de la tarde —una hora temprana a su parecer, añadió, pero establecida así en honor a dos de sus invitados que eran extranjeros y estaban acostumbrados a cenar a tan extraña y temprana hora e incluso antes—, finalizando la sobremesa a eso de las diez. Ceferina no vivía en el caserío del ingeniero —imagínese, señor comisario, una mujer honrada viviendo en casa de un hombre soltero, sería un escándalo—, pero se quedó tras la cena para recoger la mesa y fregar la vajilla y los cubiertos, asegurando taxativamente que ella fue la última en marcharse. Cuando se despidió del señor Ansoleaga éste se encontraba ya totalmente solo, dedicado al placer de la lectura, ya que todos los comensales se habían retirado con anterioridad.

La policía, como colofón a sus pesquisas, había llegado a la conclusión de que el asesino tenía que haber sido alguno de los invitados a la cena. Una encuesta por los bajos fondos de la villa, no demasiado numerosos por aquel entonces y debido a ello fuertemente controlados, convenció a los agentes de las fuerzas del orden de que el crimen no había sido causado por un intento de robo que se había salido de madre (la propia criada declaró que no echaba en falta ninguna propiedad valiosa del difunto) sino por algo más sutil. No se le conocían aventuras amorosas, lo que descartaba la acción de un marido o amante celoso y, aunque tratábase de una persona culta e interesada por la situación política y social siendo seguidor, en parte debido al parentesco que les unía, de las ideas de don Sabino Arana, un joven que en ese fin de siglo estaba agitando la sociedad vasca con el movimiento político que había creado, tampoco concitaba una animadversión suficiente como para que un exaltado decidiera acabar con su vida. Su única pasión era su trabajo

y posiblemente, en opinión de la policía, ahí estaba la clave del problema. Si como todo parecía indicar el ingeniero Ansoleaga estaba trabajando en un procedimiento para abaratar los costos de la transformación siderúrgica, ahí había un buen motivo para que alguien, interesado en sus descubrimientos, pensara que el asesinato pudiera ser rentable.

Hasta ahí el señor Holmes estaba completamente de acuerdo con los informes policiales. Parecían sólidos y razonables, según nos comentó al doctor Watson y a mí. En lo que discrepaba era en la solución que nuestras autoridades habían dado al caso. Según pudimos extraer de los informes que nos proporcionó mi amigo Busturia, la prueba incriminatoria, fea palabra que aprendí a decir aquellos días, la había proporcionado el propio asesinado. Cuando el juez y los policías acudieron al levantamiento del cadáver pudieron observar que la causa de la muerte había sido una herida asestada por la espalda con un afilado cuchillo de cocina así como que con lo que seguramente fue un último esfuerzo antes de fallecer, el ingeniero Ansoleaga había escrito con su propia sangre estas dos letras: KX. Tanto para la policía como para el juez las cosas estaban claras: KX significaba Kenneth Wilcox, un inglés que había sido uno de los asistentes a la cena de aquella nefasta noche.

Holmes decidió ir hasta el caserío para poder ver en persona el terreno. Desgraciadamente, nos explicó luego, la acción tanto de la gente que había pasado por allí como la lluvia que había caído unos días antes, habían borrado todo posible vestigio de huellas o rastros, por lo que no pudo descubrirse nada a través de ese camino. En cuanto a destrozarse posibles indicios, añadió, la policía de Bilbao no tenía que envidiar en nada a la de Londres. Era igual de negligente. No obstante, sí sacó algunas conclusiones del examen del terreno. No muy lejos del caserío había una destartalada cabaña donde se guardaban aperos de labranza en

la que podría haberse escondido, sin miedo a ser descubierto, cualquiera de los invitados del señor Ansoleaga, los cuales, según declaraciones de la criada, no habían salido de la casa juntos sino por separado.

—Hay de todos modos un dato que podría jugar en favor de la exculpación de mi compatriota —dijo Holmes mientras examinábamos el salón en el que había sido encontrado el cadáver—. Si no había en la casa nadie más que asesino y asesinado, y ninguna posibilidad, dado el aislamiento de la misma, de que apareciera alguien, ¿cómo es posible que el criminal fuera tan necio que no se percatara de lo que estaba escribiendo el señor Ansoleaga con su propia sangre y no lo borrara, en caso de ser el señor Wilcox? Además, ¿por qué escribir KX y no KW, que hubiera sido mucho más claro?

—Tal vez porque le fuera más fácil trazar el signo de la X que el de la W, letra que no es de uso habitual en castellano —respondí—, aparte de que una persona que está muriéndose no siempre conserva una lucidez envidiable. En cuanto a lo otro, no sé, quizás el asesino no vio lo que hacía con sus dedos el señor Ansoleaga.

—Me temo, querido doctor Arrese, que sus explicaciones no son convincentes. El señor Ansoleaga fue lo suficientemente lúcido como para intentar dejarnos una clave y, en cuanto a la dificultad de trazar una uve doble, por lo que me ha contado el señor Busturia la equis estaba perfectamente trazada, por lo cual parece lógico deducir que escribir la uve doble no hubiera representado un esfuerzo mayor que el de la propia equis. No, el difunto escribió KX en lugar de KW conscientemente y el asesino no comprendió su significado o incluso pensó que el ingeniero no le había reconocido e intentaba delatar al señor Wilcox, cosa que le venía de perlas. Ello me lleva casi a descartar a mi compatriota.

—Pero en ese caso, ¿qué significado pueden tener esas letras? —preguntó el doctor Watson.

—Eso es lo que tenemos que averiguar, amigos míos, sí, eso ha de constituir nuestro esfuerzo a partir de ahora. Así que sigamos trabajando para ver si encontramos algún husmillo que pueda ponernos sobre la pista buena.

En busca de eso que el señor Holmes llamaba husmillo recorrimos todo el caserío en su integridad. En la cocina pudimos constatar que el arma causante de la muerte del ingeniero pertenecía a un juego de varios cuchillos propiedad del propio señor Ansoleaga, con lo que descartamos que por mediación suya pudiera descubrirse algo. Por lo demás, en ningún rincón de la estancia se halló nada que pudiera servir no ya para poder acusar directamente a alguien del crimen, sino por lo menos para empezar a buscar con alguna garantía. La última pieza que escudriñamos a fondo —en realidad lo hacía el señor Holmes ya que tanto el doctor Watson como yo éramos meros espectadores de su meticuloso registro— fue el despacho-laboratorio que se había instalado en la planta superior del dueño del caserío. La única conclusión que sacamos fue la de que era una persona extremadamente pulcra y ordenada, ya que no encontramos nada en desorden ni fuera de su sitio; tan sólo había algunos papeles sin vaciar en el interior de una papeleras, pero lo consideramos totalmente comprensible ya que seguramente la criada, por la impresión recibida, no acabó de hacer la limpieza del caserío. Pese a su banalidad el señor Sherlock Holmes se aferró a esa papeleras como si de una mina de oro se tratara y se guardó varios de los papeles en su chaqueta.

—No parecen importantes —nos dijo al hacérselo notar—, pero nunca está de más recopilar toda la documentación que sea posible. Como ustedes suelen decir, donde menos se lo espera uno salta la liebre o, en el caso de mi país, el zorro.

Finalizada la inspección ocular el detective británico decidió que había llegado el momento de echar un vistazo a los asistentes a la cena. Eran tan sólo cuatro personas: en primer lugar estaba Kenneth Wilcox, el inglés del que la policía sospechaba que era el asesino; luego teníamos al secretario personal del difunto, D. Luis Javier de Oribe, un joven bilbaíno miembro de una de las familias más conocidas de Vizcaya. El tercer comensal había sido un catalán, D. Pere Puig i Rosselló, que de tal guisa aparecía en sus tarjetas de visita, y el cuarto un francés, el señor François Destrade, un parisino que tenía casa en San Juan de Luz y que por tanto conocía someramente el país. El señor De Oribe asistió en su condición de ayudante personal del ingeniero y los otros tres comensales debido a su interés comercial e industrial en los trabajos del señor Ansoleaga.

Unas sencillas indagaciones descartaron por completo al industrial catalán. Nada más acabar de cenar salió de vuelta hacia Mataró, su lugar de residencia, dos horas antes de que se fuera el último invitado, de acuerdo con las declaraciones de la criada. Este hecho fue confirmado desde la propia Cataluña por testigos solventes. Hubiera sido imposible llegar a su ciudad a la hora en que fue visto por los citados testigos si se hubiera demorado más de esas dos horas para cometer el asesinato.

El segundo en salir fue el señor De Oribe y en ese mismo orden fue investigado por el señor Holmes en su vivienda de la calle Barrencalle Barrena.

—Sí, salí poco después de irse el señor Puig —respondió a preguntas del detective—. Habitualmente me suelo quedar hasta el final de las reuniones, pero por algún motivo que desconozco esa noche el señor Ansoleaga prefería quedarse a solas con sus dos invitados extranjeros.

El señor Holmes le hizo algunas preguntas más que para los profanos en temas policiales nos podrían parecer banales y así pudimos averiguar que al salir del caserío no se dirigió a su casa directamente sino que pasó antes por una taberna de Begoña, lo que antiguamente denominábamos *txakolí*, para tomar un último vasito de vino. El dueño del establecimiento podría confirmarlo aunque desgraciadamente quizás no supiera fijar la hora con exactitud, ya que ese día había mucha gente en el local por celebrarse una fiesta en el barrio. Por lo demás las relaciones con su jefe eran muy buenas y casi de igual a igual, ya que el señor De Oribe era también ingeniero y su labor como secretario y ayudante del señor Ansoleaga le estaba sirviendo como aprendizaje práctico de su profesión.

—Usted ya conoce, doctor Arrese, la amistad que tenía mi difunto padre con el señor Ansoleaga, lo que hizo que éste me tomara bajo su protección —añadió dirigiéndose a mí, ya que nos conocíamos desde hacía tiempo—. Por cierto doctor, me gustaría pedirle un favor.

—No creo que haya ningún inconveniente en hacer por usted lo que esté en mis manos, si los policías encargados del caso no me ponen pegas.

—Se trata de algo de eso. Miren, desde hace tiempo tenía programado un viaje al extranjero, a Bélgica, pero la policía, en el cumplimiento de su obligación, no quiero que consideren estas palabras como una queja contra nuestras fuerzas de orden público, me ha retirado provisionalmente el pasaporte. Si usted, doctor Arrese, que me conoce

tanto a mí como a mi familia casi desde siempre, dice algunas palabras en mi favor seguramente el comisario Busturia me devolvería el pasaporte. Por supuesto, tendrían mi palabra de honor de que en un plazo no mayor de una semana volvería a ponerme a su disposición.

—Por mi parte no hay ningún inconveniente. ¿Está usted de acuerdo, señor Holmes?

—Si mi ayuda sirve de algo —respondió el detective—, también solicitaré al señor Jefe de Policía que devuelva el pasaporte a este joven.

Cuando salimos de la casa del señor De Oribe el doctor Watson resumió en voz alta lo que estábamos pensando.

—No parece ser el asesino. Tiene una coartada, quizás algo débil, pero normal dentro de las circunstancias y mantenía unas buenas relaciones, no sólo profesionales sino de amistad con el asesinado. Además, siendo su ayudante personal, hubiera tenido tanto en el pasado como en el futuro muchas más posibilidades de asesinarlo. Sólo nos quedan, por tanto, el francés y el inglés.

Con la idea de ir estrechando el círculo por eliminación nos dedicamos a investigar a François Destrade, el invitado francés, que había sido el anteúltimo en salir. Aunque parisino nos habían informado que conocía bien nuestra tierra, y a fe mía que era verdad. Aunque suelo rechazar los tópicos y he tenido amigos franceses muy religiosos y serios, Monsieur Destrade respondía al tópico de frívolo y *bon vivant* con el que muchos compatriotas identifican a nuestros vecinos de allende los Pirineos. Digo esto porque tras ser interrogado por el señor Holmes confesó que al salir del caserío del señor Ansoleaga se había

dirigido a una conocida casa de lenocinio de la calle San Francisco muy conocida en Bilbao, de la que era asiduo.

Pese a mis protestas el señor Holmes decidió que fuéramos en persona a la citada casa para hacer averiguaciones. "Cuando se trata de encontrar la verdad, me dijo, ningún lugar es indigno o deshonesto". Para vergüenza mía la *madame* del prostíbulo me conocía de mis correrías juveniles y me halagó de un modo que ni esperaba ni deseaba, pero eso nos permitió charlar con más confianza con las pupilas de la casa, que confirmaron la versión del francés sin lugar a dudas, entre otras cosas debido a que era conocidísimo por todas ellas, lo que eliminaba la mínima posibilidad de confusión acerca de su identidad. Cotejando las horas en que estuvo allí con las que presumiblemente fue muerto su anfitrión de esa noche parecía tener una sólida cortada, como volvió a expresar en voz alta el doctor Watson una vez que respiramos de nuevo el aire fresco de la calle San Francisco.

—Parece ser que el señor Destrade no pudo hacerlo si se confirma su coartada.

—No olvidemos quienes son los testigos —respondí—, señoritas con una moralidad más que reprochable y que no tendrían ningún empacho en mentir si con ello obtienen algún beneficio.

—No le falta a usted razón, querido doctor —me contestó el señor Holmes—, pero hay que tener en cuenta que a estas mujeres les conviene estar a bien con la policía y no creo que mintieran en un caso de asesinato. Sería un riesgo muy grande para ellas.

—En ese caso, señor Holmes, me temo que por eliminación vamos a tener que confirmar las sospechas de la policía y considerar seriamente que su compatriota es el asesino.

—Pudiera ser, querido doctor, pudiera ser, pero antes tendremos que cerrar nuestra investigación hablando con él.

Kenneth Wilcox, el cuarto comensal, no puso ninguna objeción a recibirnos en el hotel en que se hospedaba. Se hacía cargo de su situación como máximo sospechoso y pensaba que tal vez el señor Holmes, del cual conocía sobradamente su fama como detective, pudiera ayudarle a salir del apuro.

—Sí, es cierto que fui el último en salir, pero les aseguro que no asesiné al señor Ansoleaga, aunque me imagino que eso es lo que dicen siempre los asesinos —sonrió tristemente—. Después de cenar me vine directamente al hotel, ya que las comidas que se preparan aquí, aunque buenas de sabor —añadió tal vez como deferencia a mi persona— son excesivamente pesadas para mi estómago y por eso decidí acostarme pronto. Desgraciadamente no tengo ningún testigo ya que como soy muy despistado no devolví la llave en la recepción al salir y por eso, a mi vuelta, no tuve que pedirla en el mostrador. Ojalá lo hubiera hecho.

—No —añadió a nuevas preguntas del señor Holmes—, no tenía ningún motivo para asesinar al señor Ansoleaga. La empresa a la que represento lleva varios años haciendo tratos con él, siempre de modo satisfactorio y posiblemente nos hubiéramos hecho con la patente de su último descubrimiento, ya que nuestra oferta era superior a la catalana o francesa.

—¿Puede usted demostrar esto último? —le preguntó Sherlock Holmes.

—Quizás no del modo necesario para ser aceptado en un tribunal, pero si preguntan tanto en la *city* londinense como en los ambientes comerciales de Bilbao, todo el mundo que conoce el sector y está algo enterado del mismo podrá corroborar mis palabras.

—Bien, señores —nos dijo Holmes al abandonar el hotel—, creo que ya hemos hecho todo lo que podíamos hacer y sólo nos resta

trasladar nuestras conclusiones al señor Busturia. ¿Sería tan amable, querido doctor, de avisar a su amigo?

Así lo hice y sin aparente pérdida de tiempo el Jefe de Policía de Bilbao se acercó a mi casa. Sin poder dar el primer sorbo a la copa de coñac francés que había escanciado en su vaso el señor Holmes nos sorprendió a todos con sus palabras.

—Me temo, señor Busturia, que deberá dejar a mi compatriota en total libertad. En mi humilde opinión el asesino es el señor De Oribe. Si le presiona usted e investiga en su entorno no creo que le resulte muy difícil establecer su culpabilidad.

El Jefe de Policía se mostró un tanto escéptico al oír estas palabras, pero ya que había sido idea suya solicitar su ayuda y para que por parte del Gobierno británico no se pudiera aducir negligencia de la policía española al investigar un crimen en el que el principal sospechoso era un súbdito de la reina Victoria, accedió a seguir la línea marcada por el señor Holmes.

Durante ocho días no supimos nada del asunto hasta que una tarde mi viejo amigo volvió a entrar en el salón de mi casa, preso de una gran agitación y preguntando por el señor Holmes.

—Creo que está en su habitación, pero en seguida le mando llamar —dije contagiado de la excitación de mi amigo.

Cuando estuvimos todos reunidos el señor Busturia volvió a adquirir la solemnidad propia de un Jefe de Policía y nos comunicó que el señor De Oribe acababa de ingresar en prisión, bajo la acusación de haber asesinado al ingeniero Ansoleaga.

—Hicimos como usted nos dijo, señor Holmes, y en cuestión de poco tiempo se derrumbó, confesándolo todo, por lo que hemos dado el caso por cerrado, evitándonos además un posible conflicto diplomático. Por ambas cosas debemos estarle agradecidos, pero hay algo que me

sigue intrigando y desearía que usted diera satisfacción a mi curiosidad. ¿Cómo descubrió que D. Luis Javier de Oribe era el culpable?

—Hubo varias cosas que me hicieron sospechar de él, aunque no tenía la seguridad absoluta —contestó el señor Holmes mientras se recostaba en el butacón y encendía una de sus pipas—. En primer lugar está la cuestión de por qué iba a asesinarle en ese momento cuando podía haberlo hecho en cualquier otro momento. Ese argumento, que se usaba como absolutorio para mí no lo era tanto. Es más, yo diría que era acusatorio. Tengan en cuenta que si lo hubiera asesinado en otro momento quizás habría sido considerado, debido precisamente a su proximidad hacia él, como uno de los principales sospechosos, mientras que al hacerlo tras de una cena a la que habían asistido tres personas interesadas en sus descubrimientos las sospechas podrían derivarse, como así fue, hacia alguno de esos otros tres personajes.

"En segundo lugar, su coartada era ciertamente débil. Eso, en principio, no significa mucho, puesto que muchas veces lo primero de lo que suele asegurarse un criminal es de conseguirse una buena coartada, aunque no siempre es posible sobre todo si, como en el caso presente, se actúa en solitario.

"Otro argumento importante llegó hasta mí accidentalmente gracias a la amistad de mi buen anfitrión con la familia del señor De Oribe, ya que por ese motivo este último solicitó al doctor Arrese para que intercediera ante usted y le permitiera viajar a Bélgica. Aisladamente tampoco tiene mucha importancia, pero a poco que se conozca el desarrollo económico de ese país fronterizo con Francia se sabe que está creándose una industria siderúrgica pujante. Es curioso que hubiera ingleses y franceses en la cena del señor Ansoleaga, e incluso catalanes aunque todavía no estén introducidos en ese sector y, sin embargo, no acudió ningún belga. ¿Quizás se debía esa ausencia a

que los belgas en vez de estar en tratos con el señor Ansoleaga lo estaban con el señor De Oribe? Era una simple hipótesis de trabajo, pero que a la luz de los hechos creo que no será difícil confirmar.

"Y por último, lo que de verdad me puso sobre la auténtica pista fueron las letras escritas por el difunto con su propia sangre, esas dos letras raramente usadas en la lengua castellana, KX. Si no señalaban al señor Kenneth Wilcox, como de un modo totalmente comprensible sospeché en un primer momento la policía, debían significar alguna otra cosa y además, esto es muy importante, debía significar algo de lo que el asesino no pudiera percatarse para evitar que lo borrara, ya que aquel disponía de todo el tiempo del mundo que necesitara para destruir cualquier tipo de rastro o prueba. Una vez comprendido esto intenté introducirme en la personalidad y mentalidad del asesinado y hallé un dato muy significativo.

"Como ustedes mismos ya saben porque así me lo han indicado en su momento, el señor Ansoleaga era primo segundo y seguidor de don Sabino Arana, un político que hace unos pocos años ha creado un movimiento de tendencias autonomistas o separatistas. Aunque no me interesa personalmente la política, debido a que varias veces he trabajado para gobiernos y casas reales he adquirido ciertos conocimientos en la idea de que nunca se sabe cuándo pueden ser útiles. Por eso, al estar pasando en esta tierra unas agradables vacaciones gracias a la hospitalidad del doctor Arrese, me interesé superficialmente en esos temas. Gracias a ello puedo decirles que sin la ayuda del señor Arana y Goiri quizás no hubiera resuelto nunca el caso.

"Además de su actividad política el señor Arana se ha distinguido por cierta actividad cultural en pro de la cultura vasca y de su lengua, el vascuence. Una de las cosas más chocantes para mí fue la oportunidad de leer su nomenclátor. Al parecer hay muy pocos nombres

propios en lengua vasca y el señor Arana ha intentado paliar esta carencia adaptando o inventando nuevos nombres que considera más acordes a la pronunciación de la propia lengua. Estos nombres, por lo que he podido saber, no han tenido aún éxito más que ante sus propios seguidores, pero de acuerdo con el mencionado nomenclátor el nombre en vascuence del señor D. Luis Javier de Oribe sería el de Koldobika Xabier, nombre que responde a las iniciales KX, las mismas que escribió con su propia sangre el señor Ansoleaga, sabedor de que su asesino no imaginaría jamás que se estaba refiriendo a él.

Una vez acabada su explicación el señor Holmes dio una profunda bocanada a su pipa y sonriendo ante nuestro asombro sincero cambió de tema.

—Solucionado este asunto y ya que tengo entendido, señor Busturia, que es usted una persona extremadamente educada y culta, me gustaría saber su opinión sobre las teorías de Humboldt acerca del parentesco del vascuence con las antiguas lenguas íberas, porque de los modestos estudios que yo he podido efectuar me ha parecido encontrar, por el contrario, similitudes con una lengua hablada en las fronteras de Rusia, allá por el Cáucaso...

*Escrito con sangre (Una aventura bilbaína de Sherlock Holmes)* es un relato inédito de ©José Javier Abasolo. Está totalmente prohibida su utilización en otros medios sin la expresa autorización del autor.

Fotografía de portada: ©Josevi Blender.

La edición de este contenido pertenece a MoonMagazine.info © Todos los derechos reservados.